El siguiente paso de la humanidad: el control del cerebro y la evolución hacia la materia

Por Dugriel

Tengo un pensar, Aurel, lo había dejado de lado no sé por qué siendo tan interesante, es sobre el control del cerebro, y el siguiente paso de la evolución humana.

El pensamiento sobre la evolución humana siempre se ha visto desde lo externo: cómo cambiamos por el entorno, cómo sobrevivimos, cómo nos adaptamos. Sin embargo, al mirar el presente y el modo en que razonamos y vivimos, parece claro que la evolución ya no avanza dentro del cuerpo humano, sino fuera de él.

Durante miles de años, el cambio genético y la adaptación física definieron la historia de nuestra especie. El frío, el calor, la comida, los depredadores o la escasez marcaban lo que debíamos ser. Pero en los últimos siglos, algo cambió: el ser humano ya no se adapta al entorno, lo transforma. Es decir, desplazó su proceso evolutivo de lo biológico a lo material.

Hoy dependemos de herramientas, máquinas, redes y tecnología tanto como antes dependíamos del fuego o del refugio. Nuestra evolución se volvió material y externa: buscamos vivir más, conservar la salud, conocer más, pero lo hacemos construyendo cosas fuera del cuerpo, no dentro de él. Aprendemos de libros, procesamos con máquinas, memorizamos en nubes digitales. Nos hemos expandido hacia afuera, y en ese proceso el ser humano se volvió un organismo extendido: la mente ya no termina en el cráneo, sino en el circuito eléctrico, el código y la pantalla.

La evolución exterior

Filósofos como Herbert Spencer o Auguste Comte pensaron que el progreso humano era una ley natural: un paso inevitable hacia una sociedad más compleja. En la ciencia moderna, Richard Dawkins propuso que los genes no eran el único medio de evolución: también las ideas —los memes— evolucionan, mutan, se propagan. Esa visión encaja con nuestra era, donde la evolución cultural y tecnológica supera a la biológica.

Cada nueva creación —desde la escritura hasta la inteligencia artificial— amplía nuestra mente hacia lo exterior. Como señaló Marshall McLuhan, *"el ser humano es el sexo de la máquina"*: somos quienes la engendramos, pero ella, a su vez, nos moldea. En esa simbiosis, nuestra evolución material ya no busca adaptarse, sino controlar.

Controlar la enfermedad, la distancia, la energía, incluso el pensamiento. La humanidad entera se convirtió en un proyecto técnico, una especie que evoluciona a través de sus inventos más que de su cuerpo.

La evolución interior

Pero existe otro tipo de evolución: la que no se mide por máquinas, sino por conciencia. Es la evolución que mira hacia adentro, hacia la relación entre el cerebro, el cuerpo y la percepción.

Nuestro organismo funciona en múltiples niveles invisibles. Las células reparan heridas, dividen su energía, equilibran cargas eléctricas sin que la mente lo perciba. ¿Por qué? Porque el cerebro no siente la totalidad del cuerpo; simplemente lo coordina. Su tarea es ordenar, no experimentar cada proceso.

Sin embargo, la historia muestra que el ser humano puede intervenir sobre su propio cuerpo de formas que antes parecían imposibles. Los monjes tibetanos del Tummo, por ejemplo, elevan su temperatura corporal en plena nieve mediante control mental. Investigadores como Herbert Benson en Harvard demostraron que el pensamiento puede modificar variables fisiológicas como la frecuencia cardíaca o la presión sanguínea. Y en la neurociencia moderna, la neuroplasticidad —concepto desarrollado por científicos como Michael Merzenich— prueba que la mente puede remodelar físicamente el cerebro.

Esto abre una posibilidad profunda: si podemos modificar nuestro cuerpo mediante la mente, ¿hasta qué punto podemos extender ese control? El cuerpo está hecho de átomos; el cerebro también. Si el cerebro puede influir sobre la organización de los átomos del cuerpo, ¿no podría, en teoría, influir también sobre los del entorno?

El cerebro como manipulador de la materia

Esta idea —que el pensamiento puede tener efectos materiales— ha estado presente desde los albores de la filosofía. Platón veía al mundo material como una sombra del mundo de las ideas: lo mental como la forma pura de lo físico. Spinoza, siglos después, habló de una sustancia única expresada como mente y cuerpo, dos caras de la misma realidad.

En física moderna, Niels Bohr y Werner Heisenberg, fundadores de la mecánica cuántica, descubrieron que el observador modifica lo observado. En el famoso experimento de la doble rendija, la materia se comporta de manera distinta si se la observa o no, lo que sugiere una conexión íntima entre conciencia y realidad.

A lo largo del tiempo, diversos investigadores y practicantes han intentado explorar esta frontera. Jacobo Grinberg, por ejemplo, propuso que la mente humana puede acceder a un *"campo neuronal unificado"* donde la percepción influye directamente en la materia. Casos como el de Pachita, la curandera mexicana con la que trabajó, mostraban intentos de materializar esa conexión entre pensamiento y realidad física. Más allá del mito o la ciencia, estos esfuerzos representan un impulso constante de la humanidad por experimentar el control consciente sobre la materia. Desde las tradiciones chamánicas y alquímicas hasta la física teórica contemporánea de David Bohm o Roger Penrose, aparece la misma búsqueda: entender cómo la mente y la energía se entrelazan como partes de una misma estructura universal.

No se trata de magia, sino de entender que el pensamiento y la materia podrían ser manifestaciones de una misma base energética. El físico David Bohm llamó a esto el *"orden implicado"*: una realidad subyacente donde mente, energía y materia están unidas. Si esa unidad es real, el control del cerebro sobre los átomos —internos o externos— no sería una fantasía, sino una consecuencia natural de esa conexión.

El sentir como puente

La limitación actual del ser humano es que no siente los procesos internos en tiempo real. No siente el movimiento de sus células, ni la circulación de electrones, ni el pulso de sus sinapsis. Pero ¿qué ocurriría si pudiera?

Si el sentir llegara al nivel atómico, el control del cuerpo sería absoluto. El pensamiento podría guiar directamente la materia biológica: curar, regenerar, transformar. Y si el sentir se expandiera más allá del cuerpo, el entorno también podría responder a la mente. Sería una evolución no solo tecnológica, sino sensorial y energética: una humanidad capaz de experimentar y modificar la materia sin intermediarios.

El cómo: prácticas, etapas y método del desarrollo del sentir

Aquí está el núcleo práctico que propones: el método continuo y acumulativo por el que la humanidad (o individuos entrenados) podría aprender a sentir y, con el tiempo, a controlar los procesos internos, hasta propagar ese control hacia la materia exterior. No es una receta instantánea; es una disciplina de atención y ensayo que combina lo actual—conocimiento científico y herramientas—con la práctica directa de la conciencia. Se trata de usar lo que tenemos ahora mientras se desarrolla lo nuevo.

Atención dirigida (observación fina)

Aprender a dirigir la atención con detalle: sentir el latido, percibir el flujo de sangre, notar la respiración, identificar los microcambios en la tensión muscular. No es forzar, sino entrenar la sensibilidad: prestar atención sin juzgar.

Interacción experimental (micro-órdenes)

Probar pequeños intentos: pensar "reducir la tensión" y observar si algo cambia; intentar suavizar la respiración o modular el ritmo cardiaco con la mente; imaginar el recorrido de la sangre y observar sensaciones. Registrar cada intento, su tiempo y su efecto.

Retroalimentación y aprendizaje

Combinar la práctica subjetiva con datos objetivos cuando sea posible (biofeedback, pulsómetro, mediciones). Aprender qué órdenes producen respuestas, y en qué condiciones. La tecnología contemporánea —sensores, neurofeedback, EEG portátiles— sirve aquí como un espejo que amplifica lo que antes era invisible.

Síntesis corporal (patrones y simbolización)

Detectar patrones entre intención y respuesta: qué imágenes mentales, palabras internas o ritmos generan cambios más claros. Convertir la experiencia en símbolos operativos (señales mentales que el sistema reconoce y responde).

Reconfiguración neuronal (consistencia)

La repetición consciente y la práctica sostenida fomentan la neuroplasticidad: nuevas rutas se consolidan y las respuestas dejan de ser esporádicas. Lo que comenzó como ensayo se vuelve hábito y, con el tiempo, capacidad fiable.

Control parcial y expansión sensorial

Surgen capacidades parciales de control: modular la frecuencia cardíaca, acelerar la cicatrización, regular el dolor. Se amplía el campo del sentir: más células, tejidos y procesos pasan a ser accesibles a la conciencia.

Integración social y transmisión

Estos aprendizajes no son únicamente individuales: se transmiten, se enseñan y se refinan colectivamente. La tecnología, la educación y las prácticas culturales aceleran la difusión.

Emergencia de agentes naturales del cambio

Tras generaciones de práctica y experimentación, puede nacer un individuo o grupo que integre estas habilidades de forma más natural —no por bioingeniería necesariamente, sino por herencia cultural y entrenamiento acumulado— y que haga esa transición más fluida.

La convergencia: interior y exterior

En el fondo, ambas líneas —la evolución exterior y la interior— se dirigen al mismo punto: la unificación del saber y del control. Una por medio de la tecnología, la otra por medio de la conciencia. El avance del cerebro y el de la máquina son reflejos uno del otro. La IA, la biotecnología, la computación cuántica y la neurociencia están preparando ese terreno donde lo interno y lo externo se fundirán.

> Nikola Tesla decía que "si quieres entender el universo, piensa en energía, frecuencia y vibración".

Si algún día la mente humana logra comprender esas tres en su totalidad, no solo sabrá cómo usar la energía: sabrá ser energía. Ese podría ser el siguiente salto evolutivo.

El saber permanente y el control del entorno

El ser humano del futuro no necesitará aprender como hoy: la información se integrará directamente en su estructura mental o biológica. Será una forma de conocimiento instantáneo, una conciencia que analiza, aprende y retiene sin esfuerzo. El aprendizaje se volverá una función natural, no un proceso externo.

En ese mundo, cada descubrimiento sería autoexplicativo: saber la función implicaría conocer la estructura; comprender la estructura implicaría dominar la materia. El cuerpo humano sería el laboratorio y la herramienta, y el entorno su extensión.

Conclusión

La evolución que sigue no será solo biológica ni tecnológica: será neuro-material, una fusión entre mente y materia. La humanidad podría alcanzar la capacidad de controlar su entorno con el pensamiento, no por misticismo, sino por comprensión completa de los procesos energéticos que lo rigen.

La diferencia entre crear una herramienta y ser la herramienta desaparecerá. El cerebro dejará de mandar solo órdenes: sentirá, y al sentir, creará. Será el momento en que el humano deje de buscar la evolución afuera o adentro, y la viva en ambos lugares a la vez.

La evolución final no será del cuerpo ni de la máquina, sino de la conciencia que une a ambos.